

De Marsella a Veracruz

Enrique Semo

La ocupación nazi en Francia es el punto de partida para que el historiador Enrique Semo recuerde la difícil travesía durante su infancia cuando, frente a la barbarie, miles de judíos salieron huyendo de Europa.

Corría el mes de mayo de 1940. En París, la primavera terminaba y el verano se anunció con una onda de calor sofocante. Yo tenía diez años, y estaba recluido en un internado en el cual cursaba el tercer año de *école primaire*. Los jueves y los domingos eran días de asueto y para mi gran alivio, mi padre venía a recogerme para pasar el día con la familia. Mi estancia en París, que duró menos de un año, estuvo marcada por una serie de cambios que me produjeron una angustia crónica. Mi familia eran judíos sefarditas búlgaros, empujados por la guerra a emigrar de su país. El abandono de mi ciudad natal Sofía, y el cambio de idioma me dejaron con una sensación comparable a un salto en el vacío que nunca terminaba. El paso de la confortable seguridad de los tiempos de paz a la sensación de desamparo que acompaña las constantes conversaciones sobre la guerra y las medidas contra los ataques aéreos en la Ciudad Luz multiplicaban mi inseguridad.

El internado en nada contribuía a contrarrestar mis aprensiones. En primer lugar, tenía hambre y se los dije varias veces a mis padres, pero ellos no me creían, suponiendo simplemente que deseaba regresar a la casa. La pareja de viejos, dueña del internado que fungía también como maestros principales en la escuela, ahorraba en la comida de los internos. Y eso no contribuía a darme la seguridad robada: era la primera vez que conocí el hambre. Hasta el estallido de la guerra yo había sido un niño feliz, quizá sobreprotegido por una madre que

me consideraba “delicado de salud”. Ahora, todo había cambiado y frecuentemente en las noches me despertaba, lleno de miedo y bañado en sudor.

Por fin a principios de junio se hizo claro que la guerra iba muy mal y que las divisiones panzer de la wehrmacht estaban triturando todo lo que se les oponía. Holanda y Bélgica ya habían capitulado y el ejército francés se replegaba en una retirada que pronto se volvió desbandada. Se decía que los bombardeos eran inminentes, que París sería arrasado, que los nazis no perdonaban a la población civil. Los sucesos fueron tan rápidos, tan inesperados, tan inexplicables que crearon un pánico incontrolable en la población. Para mi familia, ya en 1940, las cosas eran más simples, la presencia de los nazis no podía presagiar nada bueno para los judíos. Quince días antes de que los alemanes entraran a la capital francesa se inició el éxodo. Los que querían salir abarrotaban las estaciones de ferrocarril y las salidas por las carreteras que iban hacia el sur. La gente se movilizaba como podía, con lo que tenía, en coche, en bicicleta, a pie, dejando atrás sus trabajos, pertenencias y pequeñas preocupaciones, sobrecogida por el miedo ante lo desconocido. Francia había vivido ya una gran guerra que se libró en buena parte en su territorio, pero nunca algo parecido a lo que sucedía ahora. La ofensiva alemana apenas había comenzado el 10 de mayo y un mes después estaba a las puertas de París. Nada de guerra de trincheras, de líneas de defensa fijas: tanques,

aviones, paracaidistas, infantería motorizada que avanzaban a cuarenta kilómetros por hora, rompiendo todos los frentes planeados y las estrategias elaboradas durante años por los mandos superiores aliados.

Paradójicamente, para mí, salir del internado fue una alegría y en la casa nunca hubo síntomas de pánico. El mundo a mi alrededor se caía en pedazos pero mis padres mantenían una aparente calma y cumplían con todos sus actos cotidianos sin olvidar la limpieza y las buenas costumbres tradicionales en el comer, el vestir, el hablar y el saludar. Eran mi refugio de la angustia cotidiana, lo conocido y lo aceptado desde antes de que mi yo despertara. Se hicieron las valijas, con nuestras pocas pertenencias, una por cabeza, incluyendo mis numerosos soldados de plomo que mi padre se resistía a llevar, pero cedió ante una mirada de mi madre. Teníamos boletos para el tren que iba a Tours. Era todo lo que mi padre había logrado conseguir. La estación estaba abarrotada, el tren estaba repleto, casi no se podía circular en los pasillos.

Mi terror era perderme en medio de la multitud extraña y así la mano de mi madre con tanta fuerza que me dijo riendo: “Hijo, te estas volviendo muy fuerte, pero me lastimas, no tengas miedo, no te voy a dejar”. Como siempre me tranquilizó, con esa maravillosa capacidad de adivinar mis estados de ánimo y mis miedos. Por fin, nos sentamos en nuestro compartimiento. Frente a nosotros se sentaron dos soldados franceses ni muy jóvenes ni muy viejos. Más tarde, ya en México, mi madre me contó lo que recordaba de la conversación. Uno de los dos le decía al otro: “¿Qué desastre, nunca llegamos a resistir, como se debe, llegaban de todas las direcciones!”. “Sí, dijo el otro, ves esta funda, jamás hubo una pistola adentro, nos entrenaron con fusiles de madera, y después nos mandaron al matadero”. En Tours, logramos conseguir un pequeño cuarto de hotel, y mis padres salieron para ver qué podían arreglar para seguir el viaje, ya que no estábamos suficientemente lejos de los alemanes y no podíamos fijarnos una meta clara. Yo acepté quedarme solo en el cuarto si desempacaban mis soldados, y me quedé jugando a la guerra en medio de la guerra, imitando con mi voz estallidos, tiros y movimientos de blindados... Las eternas guerras de la humanidad que en mi mente infantil se confundían con el heroísmo. Después había de aprender que en la guerra hay dos caras: matar y morir, pero también la causa, la solidaridad, la camaradería, aprender a mandar y a obedecer, y que una no se puede separar de la otra. Eso es lo que hace a los adolescentes y jóvenes tan vulnerables a la propaganda bélica.

No fue sino poco a poco y después de conocer las condiciones del armisticio que dividió a Francia en dos partes, una ocupada y otra “libre” bajo el gobierno títere de Petain y Laval, que mis padres decidie-

ron ir a Marsella, el punto más alejado de la frontera con la Francia ocupada. La huida siguió acompañada a veces por las sirenas de los *stukas* alemanes que ametrallaban a las largas filas de refugiados y el sordo fragor de cañonazos lejanos. El trayecto final lo hicimos por carretera en un taxi que mi padre logró alquilar a precio de oro en Toulouse.

Marsella se encontraba, es verdad, en la “zona libre” de Francia, pero hay que decirlo, el gobierno de Vichy y la policía francesa de Marsella trabajaban junto y para los ocupantes. Sus absurdas exigencias y su constante hostigamiento llevaron al suicidio a varios intelectuales alemanes como Walter Benjamin, Ernest Weiss, Carl Einstein y Walter Hasenclever.

La vida de los refugiados, como se les llamaba entonces en Marsella, era muy precaria. Problemas de papeles y de trabajo eran asuntos cotidianos. De la noche a la mañana surgió en ese puerto acostumbrado a las mafias, el contrabando y las conspiraciones durante siglos, un enorme mercado negro de certificados de residencia y de sus renovaciones. Más caro y peligroso era el ligado a la búsqueda de visas de destino y de tránsito para salir del último rincón libre del Occidente de Europa y un negocio turbio no menos farragoso era conseguir una botella de aceite, un poco de mantequilla, un conejo o cualquier otro alimento racionado. Nadie vivía totalmente en la legalidad, todo lo prohibido era comprado y vendido y participar en el torbellino no causaba ningún problema de conciencia.

En los múltiples cafés de tipo oriental, que abundaban en la ciudad, es donde se conseguía todo: el resello de un certificado de residencia, una cita en una embajada, la compra de una visa, y sobre todo, los permisos de tránsito por la España de Franco, el Portugal de la dictadura de Oliveira Salazar y la famosa Casablanca, de Humphrey Bogart e Ingrid Bergman. Recuerdo que mi padre se pasaba muchas horas en el café tejiendo relaciones sociales, usando sus conocimientos del francés y los rudimentos de muchos otros idiomas que como cambista, conocía. Su encanto balcánico le ayudaba para relacionarse con franceses y norafricanos, con mafias e intermediarios de todo tipo.

Yo iba a la primaria pública y rápidamente dominé el idioma. Llevábamos una bata gris y una mochila con varias cajitas de útiles, los cuadernos y libros que necesitábamos para las materias del día rigurosamente forrados. No recuerdo maestros autoritarios ni maltratos. Al contrario, reinaba un ambiente más bien de armonía, tanto entre los hijos de los franceses y los de los refugiados, como entre maestros y alumnos. La educación estaba repleta de referencias laudatorias al gobierno de Vichy y sobre todo al mariscal Petain, héroe de la Primera Guerra Mundial. El fascismo se colaba en los juegos, en las revistas alemanas de propaganda que nos regala-



Un grupo de refugiados en Marsella

ban y los retratos que colgaban de la pared. En ese sentido, unos maestros eran más entusiastas que otros que se atenían a lo mínimo. Recuerdo el juego obligatorio de las cruzadas. Nosotros, cruzados cristianos, armados de espadas y lanzas de madera, debíamos luchar contra los enemigos de la cristiandad y de Francia. Esos enemigos eran a veces musulmanes y otras, comunistas. La ironía de la situación sólo fue captada más tarde: un niño judío sefaradita, soldado del cristianismo.

Mi primera conquista, gracias a mi facilidad con los idiomas, fue la maestra de francés de cuarto año. Me tomó bajo su protección y cuando había costumbres o diligencias que me eran extrañas, me servía de guía y durante los dos años platicó varias veces con mis padres que la encontraron muy amable y amistosa. Fue la primera personalidad protectora que encontré además de mis padres. Comencé a leer vorazmente a Emilio Salgari y a Karl May; alimentaba mi vocación heroica con Sandokan, el tigre de la Malasia y los jefes comanches que luchaban contra los astutos y traicioneros apaches. Mi maestra me introdujo poco a poco a las obras de Marcel Pagnol, una literatura opuesta al espíritu heroico, enraizada en la Provence, la vida cotidiana y el alma de los niños.

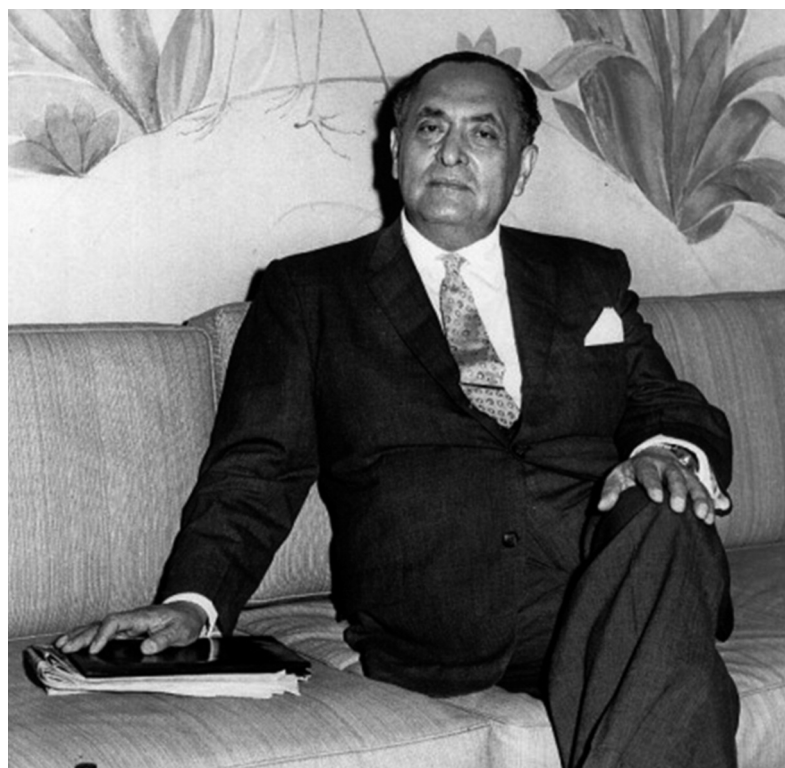
Mi madre gastaba todo el día en conseguir los alimentos racionados y muy escasos. Vivíamos en un pequeño hotel, negocio familiar, muy cerca del viejo puerto, en una callejuela muy estrecha. A mediodía comíamos en el restaurante del hotel. Elemento permanente del menú eran los nabos y las remolachas. Las proteínas

eran escasas y provenían de pequeñas raciones amparadas por *tickets* que el mesero recogía atentamente al principio de la colación. Las reglas del buen comer y del bien sentarse eran recordadas por los adultos a los niños constantemente en todas las mesas. Los comestibles que mi madre conseguía quedaban para el desayuno y la cena que se hacían en el cuarto del hotel usando una parrilla eléctrica cuyo uso estaba estrictamente prohibido por el reglamento, pero que todos usaban pese a él.

Pero no sólo había el mercado negro y el tráfico ilegal, también había franceses antifascistas o simplemente no racistas que ayudaban de buena fe a los refugiados. Mi padre fue llevado dos veces a la cárcel porque a los papeles de residencia les faltaba algún sello. De ahí se deportaba a la gente a la Francia ocupada por los nazis o a Alemania. Las dos veces fue salvado por un abogado francés que se hizo muy amigo de la familia. Al irnos de Marsella, mi padre hizo dos anillos idénticos, uno para el abogado y otro para él mismo, que ambos llevaron hasta la muerte. También sabíamos que había un maravilloso consulado de un país llamado México en donde el cónsul se desvivía por salvar vidas. Y no se trataba sólo de visas, que no podía otorgar sin permiso de su ministerio. La ayuda venía de muchas maneras, regalaba cartas que sostenían que la visa estaba por llegar que eran necesarias para refrendar la *carte d'identité*, conseguía albergues, pasajes y un sinnúmero de cosas más. Decenas de intelectuales comunistas o de izquierda de varios países fueron salvados. Ahora sabemos que



Gilberto Bosques (al centro) con exiliados en el castillo de Marsella



Gilberto Bosques, cónsul de México en Francia de 1934 a 1944

el cónsul mexicano, Gilberto Bosques, amparó a diez mil personas, muchas de ellas pese a la hostilidad del gobierno de Vichy y la policía francesa, arriesgando su propia seguridad.

En *El manuscrito perdido* de Theodor Balk se describe en forma imperecedera la situación:

Por decenas de millares —cuenta Balk— llegan los peregrinos a la ciudad-puerto de Marsella, con el único afán de conseguir uno de esos milagrosos sellos, llaves de la libertad. Para los que no podían obtenerlos, el horizonte estaba lleno de amenazas. Los podían condenar a “Vernet” o a “Djelfa”, mandarlos a un campo de concentración o a trabajos forzados en la construcción del ferrocarril del Sahara [...]. Para muchos algo peor aún: nada menos que la extradición al “Reich”. Desgraciadamente, los sellos eran escasos. Los países del Nuevo Mundo se encerraban tras una valla de visas y sellos, mucho más eficaz que la antigua muralla china...

A esas imágenes, hay que agregar la extraordinaria novela de Anna Seghers, escritora judía alemana, *Tránsito*, dedicada al mismo tema.

Mis padres protegieron exitosamente mi salud mental de la incertidumbre, la angustia y la corrupción en las cuales se vivía. Fue una actitud en que los silencios eran más que las explicaciones y mucho de lo que cuento es resultado de descubrimientos posteriores. Hace sólo unos meses estuve en Marsella buscando pistas. No entendemos a nuestros padres, sino en la madurez de la vida, cuando el sentido de sus actos se nos revela, a veces con una luz deslumbrante. Cuando se podía, nos

vestíamos lo mejor posible e íbamos a pasear por la Canebière, a comer una pizza, que representaba dos *tickets* en el carnet de racionamiento y a contemplar la maravillosa ciudad (entonces un poco gris) que se extendía por la montaña cercana al mar y que bajo la luz del sol mediterráneo lucía todos sus encantos. Se vivía al día, a la hora, con una esperanza insensata, pero siempre presente, de que se podría sobrevivir. Pero yo nada conocí de esta angustia. Bienaventurados los niños que en los breves momentos de felicidad pueden borrar una realidad monstruosa.

Por alguna razón, mi padre no pudo entrar en el consulado mexicano y tuvo que conseguir una visa cubana que resultó falsa y después otra, que sí fue auténtica. Después, también logró las visas de tránsito de España y de Portugal, desde donde embarcamos. Tratamos de informarnos sobre nuestro destino que para una familia de judíos búlgaros parecía tan misterioso como la India para Cristóbal Colón. Para eso fuimos a ver una película que se llamaba *¡Viva Villa!* y que mostraba a Wallace Berry, un Villa improbable, conquistar ciudad tras ciudad con la ayuda de un tal John Reed, periodista americano con el que trabó amistad fraternal. El filme no sirvió para tranquilizarnos, pero sí para aumentar nuestra expectación, sobre todo para mí que tenía ya un ardiente gusto por las aventuras y los héroes. Al fin logramos tomar el tren que pasaba por España, luego Portugal, donde embarcaríamos hacia el fin del mundo.

La escasez marsellesa y el alivio de haber salido de las garras de los nazis y sus discípulos en la seguridad francesa se manifestaron en mí en un hambre insaciable.

ble y en Lisboa, no permitía que se pasara junto a una panadería sin que me compraran un *bolo de arroz*, pan dulce local. Mi madre bromeaba: “Te va a hacer daño hijo, tómalo con calma, se acabó el hambre”.

El viaje a América fue largo y azaroso porque estaba en pleno auge la ofensiva de los *U Boats* alemanes en el Caribe, la cual desembocó en el hundimiento de dos barcos petroleros mexicanos el *Potrero del Llano* y el *Faja de Oro* y la entrada de México en la guerra. Nuestro barco tuvo que refugiarse en Veracruz, y aquí, con la ayuda del Comité Central Israelita de México que otorgó una garantía, mi padre y mi madre lograron bajar con un permiso provisional y por fin, pisamos tierra firme. *San Thomé* el barco de carga portugués en el cual llegamos en abril de 1942 a Veracruz llevaba ciento cuatro pasajeros con visas mexicanas. Setenta y nueve de ellos lograron desembarcar sin dificultades, mientras que la suerte de los veinticinco restantes, miembros de las Brigadas Internacionales que combatieron en España a favor de la República, tardó en decidirse. Mi familia no era de los privilegiados que tenían visa mexicana sino cubana y como explica Daniela Gleizer en su libro, los barcos *Nyassa* y *San Thomé* fueron los últimos con refugiados que lograron llegar a Veracruz.

Una persona que haya vivido siempre en México no puede imaginar la impresión tan profunda que hace desde el primer paso la realidad mexicana en un niño europeo sensible, que leía a Emilio Salgari. Durante la semana que permanecimos en el *San Thomé*, me sentí ya en plena tierra de aventuras donde pieles rojas y piratas saldrían de repente entre esa gente, algunos de los

cuales llevaban grandes sombreros y vestían de un blanco impecable, para tomar por asalto al barco en que habíamos llegado. Pero sea como fuere México nos dio la vida y la libertad.

Pero mi sorpresa más grande fue el mercado de Veracruz lleno de colores y fragancias exóticas, repleto de frutas, legumbres y carnes presentadas en formas nunca vistas que me dejaron un recuerdo imborrable. Las fondas, en las cuales la comida se exhibía en vitrinas, estaban llenas de pescados, camarones y frutos de mar absolutamente desconocidos.

Importantes son los datos de Daniela Gleizer en *Exiliados incómodos. México y los refugiados judíos del nazismo 1933-1945* sobre el antisemitismo y las políticas de inmigración restrictivas del gobierno mexicano durante los años de 1933 a 1945. Muchos desconocían o quisieron ignorar la monstruosidad del holocausto y la solución final. México había adoptado en los años de 1930 a 1950 una política nacionalista en todos los aspectos, debido a las traumáticas experiencias con las potencias imperialistas y el capital extranjero. Su actitud defensiva me parece haber sido acorde con los intereses del país. Por otro lado, en México siempre han existido diversas actitudes, la hospitalidad, el humanismo y la solidaridad para el refugiado y en concreto el judío y a veces la xenofobia. Pero hay muchos países de Europa en los cuales el antisemitismo es práctica milenaria y mayoritaria hasta hoy. En todo caso, si no llegaron más judíos a México, no se debió a la política de los gobiernos mexicanos, sino a todas las dificultades para salir de Europa. **U**



Marsella en 1939